

tos el derecho romano, monumento prodigioso de la sabia antigüedad, y las obras de sus comentadores, todo lo que ha servido de fuente á la legislación moderna. También es muy útil el estudio comparado del derecho civil y del canónico, muchas de cuyas disposiciones fueron incorporadas en el primero, desde el tiempo de los emperadores cristianos. Por último ¿quién negará el mérito sobresaliente de los trabajos jurídicos de los grandes teólogos españoles, como Vázquez, Lugo, Suárez, Molina, que han discutido y resuelto con maestría los más graves puntos de jurisprudencia? Sabido es que Pothier, uno de los redactores del Código de Napoleón, que ha servido de norma á los de la América latina, supo aprovecharse de muchas doctrinas de Molina y las intercaló en sus obras.

¡Cuán desacertadamente proceden los que hacen guerra al latín, hasta eliminarlo de la enseñanza secundaria y substituirlo con algunas lenguas vivas! Esta medida es inspirada, ó por el odio de algunos gobiernos y escritores de nuestros tiempos á la Iglesia católica, ó por el desvío que otros tienen á la educación clásica y su preferencia por la llamada técnica ó moderna. «El destierro del latín como lengua universal del mundo sabio, ha sido una verdadera desgracia para las ciencias, como lo reconoce el mismo Schopenhauer; desgracia que no ha podido aminorar en nada su substitución por las literaturas nacionales. En aquella época existía al menos un público sabio europeo, al cual podía dirigirse un libro cualquiera escrito en esta lengua; mientras que al presente es muy reducido el número de los verdaderos pensadores en toda Europa; y si se quiere dividir su *forum* por medio de límites lingüísticos, todavía se limitaría más su bienhechora influencia.»¹

Las lenguas modernas no pueden suplir al latín; porque, como observa un escritor francés, muchas veces al traducir de una lengua vulgar á otra, el trabajo es de simple substitución y no de rigurosa traducción. Quien sepa lo que es poner en castellano el exordio de la Miloniana, ó el Destierro

¹ *Hettinger* l. c.

de Régulo en Horacio, por ejemplo, sin que pierdan su nativo color y su incomparable belleza, y acometa después la empresa de traducir algo al extranjero, aunque sea alemán, comprenderá la cantidad de trabajo que en una y otra se consume. Las lenguas vivas tienen una atmósfera común, la de la civilización, y por eso, con escasa diferencia, son parecidos los usos, las ideas, los vicios, las virtudes. Pero en las lenguas clásicas, aquello es otro mundo: sintaxis, usos, ideas, religión, historia, trajes, leyes, familia, Estado, todo es muy diverso, y la traducción tiene por tanto toda la utilidad de las demás lenguas con la del trabajo peculiar que la traducción clásica exige¹.

9. Método antiguo ó clásico de enseñanza, y método moderno ó técnico.—Esta cuestión está relacionada con la anterior. Durante mucho tiempo se empleó universalmente el método clásico en la formación de la juventud. El estudio del griego y del latín, acompañado de ejercicios de composición y de la práctica de hablar y de pensar en esas lenguas, constituía á más de la lengua materna, la base de la enseñanza. Se enriquecía la memoria del alumno sin fatigarla; se ilustraba su fantasía con la explicación histórica de un autor adecuado; se desarrollaba su inteligencia mediante la traducción, las anotaciones de los clásicos y la imitación de los buenos modelos; y siguiendo el mismo método, se ascendía al conocimiento de la retórica y de la filosofía. En una palabra, conforme al método antiguo se reducía la segunda enseñanza á lo que se llamaba *humanidades ó letras humanas*, ó también *Gramática y Filosofía*.

Pero en 1706 fundó Semler en Halle (Alemania) la primera escuela de enseñanza real ó técnica, y después Hecker abrió en Berlín, en 1747, un colegio que es hasta hoy el modelo de las escuelas de estudios prácticos existentes en esa nación; Francia, Austria, Bélgica, Italia, Holanda y Rusia han aceptado en gran parte la enseñanza moderna, sin excluir por esto las lenguas sabias, aun cuando no se da á su cultivo la importancia de otros tiempos. En Inglaterra y en los Estados

¹ *Burnshen*, *L'Elat et ses rivaux* (cita del P. *Aicardo*).

Unidos se las reserva para la enseñanza facultativa de letras y filosofía.

Este nuevo rumbo dado á la enseñanza nace de que muchos creen que ésta debe suministrar al hombre medios de subsistencia y de ganarse por sí mismo la vida; por lo que es preciso dejar á un lado los estudios especulativos, ó reducirlos mucho, prefiriendo las ciencias experimentales y de aplicación al bienestar material ó intelectual de la vida, como la física, la química, la geografía, las matemáticas aplicadas, etc. Este concepto utilitario y positivista de la enseñanza la desvirtúa y la restringe en su noble misión. Hemos manifestado en la Primera Parte de esta obra que la educación, de la que forma parte la instrucción, se propone perfeccionar al hombre, desarrollando y dirigiendo todas sus fuerzas y energías, á fin de atender no sólo á las necesidades de la vida presente, sino ante todo á la consecución de su destino futuro. No negamos que la enseñanza ha de poner al hombre en aptitud de atender á dichas necesidades; pero limitar la acción del educador únicamente á las cosas de práctica utilidad, es formarse idea mezquina de su noble ministerio, así como de la dignidad del hombre y de la alteza de su fin.

«La escuela es algo más que un taller de futuros industriales», dice Mons. Casanova¹; «el maestro tiene una misión más noble que la de enseñar á ganar dinero; la educación se propone un fin mucho más alto, más elevado, más digno del hombre que el que asignan los utilitaristas.... El verdadero maestro no puede quedar satisfecho ni dar por cumplido su encargo con sólo comunicar á sus discípulos una mayor ó menor instrucción, sino que además debe desenvolver sus facultades, formar su carácter, cultivar su corazón y buenos sentimientos, habituarlos al cumplimiento del deber, comunicarles firmeza, constancia y energía para las luchas de la vida; en una palabra, debe cultivar con esmero todo lo que pertenece al desarrollo moral, intelectual y físico de sus alumnos.»

«El fin del colegio es preparar al alumno para la Universidad y sus diferentes carreras especiales», dice Hettinger².

¹ En la Circular citada.

² «Timoteo».

«Se ha de procurar el desarrollo armónico de las facultades del joven y la adquisición de conocimientos suficientes para seguir con fruto los cursos universitarios. Si esto lo cumple el gimnasio, será una verdadera palestra del espíritu. Para esto se han de reducir los llamados *estudios reales*, historia natural, física, química, etc., que un joven inteligente y decidido, una vez llegado á cierta madurez, puede adquirirlos fácilmente por sí mismo. Pero si se descuidan ó aprenden insuficientemente las *humanidades*, producen un vacío doloroso durante toda la vida, se menoscaba la formación sólida, la destreza en las lenguas clásicas y hasta en la lengua materna.»

«No es posible determinar la importancia, el encadenamiento, ni la extensión de los diversos ramos que constituyen los estudios de humanidades, sin tener primero á la vista el verdadero fin de las humanidades mismas», afirma el mismo docto prelado chileno¹. «Ahora bien, éstas deben proponerse el desarrollo gradual y metódico de las facultades del niño, sometiénolas á una gimnasia racional para que, á la manera de los miembros del cuerpo, vayan lentamente robusteciéndose.... El que con los años de colegio ha adquirido aquel desarrollo en un grado superior, ha alcanzado la mayor preparación para los cargos ú ocupaciones que el porvenir le reserve.... Los hombres formados de esa manera son los que descuellan en las profesiones á que se consagran, los que hacen adelantar las industrias, los que honran las letras, y los que se immortalizan con portentosos descubrimientos. Son tal vez menos eruditos, pero más sólidos; menos locuaces, pero más pensadores.»

Que la enseñanza técnica no ha satisfecho las esperanzas que de ella se tenían, ni ha servido mucho para los mismos estudios prácticos, lo confiesan autoridades nada sospechosas. En el congreso internacional de enseñanza, celebrado en Bruselas en 1880, varios químicos, matemáticos, ingenieros ó industriales, ajenos todos al clasicismo, aseguraron que la formación clásica contribuye poderosamente al desarrollo y

¹ En la Circular citada.

robustez de las facultades, y es de incalculable provecho para los estudios de aplicación. Los profesores de matemáticas de la Universidad de Berlín decían al Ministro de Instrucción, que los alumnos de las escuelas *clásicas* tenían á los principios menos conocimientos, pero mayor firmeza y penetración, así como el entendimiento más formado, por lo que pronto aventajaban á los *realistas*. Scholómitch afirma que no es exacto que las matemáticas sean una escuela de lógica. El mejor modo de formar un entendimiento es estudiar una lengua, y entre las clásicas y las modernas merecen la palma las primeras¹.

La cultura clásica no perjudica á la enseñanza científica, sino que la auxilia. «Los profesores de ciencias», dice Joubert, «estamos de acuerdo en reconocer que los mejores alumnos que hemos tenido son los que han hecho brillantes estudios en letras.» Fernet es de la misma opinión. «He podido comprobar en muchas circunstancias, que los estudios literarios suficientemente desarrollados dan siempre á los que se consagran á las ciencias una superioridad incontestable.» Brouardel, decano de la Facultad de Medicina, asegura «que los licenciados en ciencias no poseen los métodos necesarios para sobresalir en los estudios de medicina; mientras que los licenciados en letras son alumnos excepcionalmente distinguidos»².

El gran pedagogo y publicista ruso Katkow y el célebre Gabelli, de Italia, han demostrado que la geografía, la historia y las matemáticas no pueden subrogar al latín, al tratarse de educación intelectual. La geografía puede ser sugestiva, pero no ejercita la actividad variada que pone en juego el latín, enseñado en el concepto propio de las humanidades. Las matemáticas, por su carácter *formal*, son la disciplina menos á propósito para el asunto de que se trata. Tal es también la opinión de Breal, Lavisse, Guerin, etc.

Respecto de Inglaterra, Texte asegura que los alumnos que siguen los estudios *clásicos* son superiores á los que siguen los *modernos*; en la Escuela Politécnica de París los

¹ Cf. P. Aicardo, Humanistas y realistas.

² Citas de Pablo Daudon en su artículo «L'école et la vie».

estudiantes que han cursado humanidades acaban por superar á los otros en las especialidades ajenas al clasicismo, según testimonio de Boissier; y en Italia, por confesión de sabios como Cremona y Brioschi, los alumnos de los liceos aventajan á los otros en las escuelas de aplicación¹.

Aun cuando se ha librado campaña contra la enseñanza clásica en Europa, las naciones más cultas la conservan aún en sus colegios, si bien disminuida.

En Alemania, Dettweiler, resumiendo el pensamiento de los pedagogos del Imperio, ha declarado que todo método y ejercicio escolar es inaceptable si no contribuye á la educación de la inteligencia, si no comunica al espíritu orden y precisión en sus juicios, y ese sentido elevado de la verdad y la belleza que distingue á los estudios clásicos y es el constitutivo de toda formación general.

El estudio del griego y del latín, con el de sus autores más notables, y los ejercicios de análisis y composición, ocupan lugar preferente en los gimnasios alemanes; y no hace mucho Guillermo II, distinguido humanista, ordenó reforzar los estudios latinos en los colegios del Imperio².

En una asamblea científica habida en los Estados Unidos, en 1876, en el *Franklin Institute*, muchos ingenieros civiles y de minas pidieron para las carreras especiales de aplicación una formación preliminar clásica, igual á la que se da para la abogacía, medicina y otras carreras literarias³.

Hasta principios del siglo XIX, en la mayor parte de las naciones europeas se concretaba la enseñanza media al estudio de las humanidades, pero el segundo imperio francés aumentó las asignaturas, distribuyéndolas en años ó cursos, sin desatender el estudio del latín, hasta que en 1870, después de los desastres de la guerra, se decidió implantar el método alemán de enseñanza, y en 1880 se promulgó el nuevo plan de estudios, reservando para el segundo y tercer período de la enseñanza media el estudio del latín y del griego.

¹ Cf. el opúsculo «La segunda enseñanza en España».

² Cf. Bernard, L'enseignement secondaire en Allemagne.

³ Cf. «La segunda enseñanza en España», y Aicardo, Humanistas y realistas.

Cierto es que en Francia se ha hecho guerra tenaz á la cultura clásica, en los últimos años, alegando varios motivos. Algunos, como los abates Gaume, Moigno, el Padre Ráulica, etc., sostienen que la lectura de los autores paganos es nociva, por la licencia con que escribieron; peligro que desaparece ó se atenúa mucho haciendo de ellos la selección conveniente. Otros, como Frary, movidos por el *utilitarismo*, juzgan que el latín no aprovecha para la vida práctica, y menos para ganarse la vida; argumento que prueba demasiado, pues aceptándolo habría que eliminar las profesiones liberales y proscibir como inútiles á no pocas ciencias, dando un adiós á la civilización. Otros, en fin, creen que las humanidades son necesarias para la literatura, mas no para la ingeniería, la arquitectura y de más profesiones científicas; por lo que se estableció el bachillerato *bifurcado*, según el cual los alumnos estudiaban iguales materias hasta el tercer año, y desde el cuarto seguían cursando, ó humanidades, ó matemáticas, ó física, etc., conforme á la carrera que pretendían seguir. Este sistema ofreció en la práctica serios inconvenientes y fué desechado.

En 1896 pretendió Combes introducir un nuevo plan de humanidades sin latín; pero en la prensa, en las Cámaras y entre los Consejos mismos del gobierno se presentaron muchos defensores de la cultura clásica, y aun después de la *investigación sobre la enseñanza secundaria*, ordenada oficialmente en 1897, hubo algunos testimonios de que «los clásicos son necesarios para el cabal conocimiento del francés, para la vida política y la seguridad etimológica de la lengua; que las lenguas modernas no forman ni educan las facultades del joven como las antiguas, por su carácter é indole particular». Entre otros Hanoteaux, Breal, Croiset, Blondod, Dupuy, Spuller, Leygues, Fouillée son decididos defensores del clasicismo, habiendo el último, aunque panteísta, llegado á decir que «cuando Francia quede á merced de una generación formada con clásicos modernos, se convertirá en una nación degradada, puesta en manos de medianías ó de bárbaros»¹.

¹ Cf. *Aicardo* l. c.

El estudio de la antigüedad griega y latina ha dado al genio francés, según Leygues, una medida, una claridad y elegancia incomparables. «Por él», dice, «nuestra filosofía, nuestras letras y nuestras artes han brillado por todas partes; por él nuestra influencia moral se ha ejercido en el mundo. Las humanidades deben ser protegidas contra todo ataque, pues forman parte del patrimonio nacional.

«Además, el espíritu clásico no es, como algunos afirman, incompatible con el espíritu moderno. Él es el de todos los tiempos, porque es el culto (?) de la razón clara y libre, la investigación de la belleza armoniosa y simple en todas las manifestaciones del pensamiento.»

En Austria, la cultura intelectual y el método de enseñanza son iguales á los de Alemania, y se estiman mucho los estudios clásicos, como lo comprueban las instrucciones dadas en 1890 por el Ministerio de Instrucción Pública. En Italia y en Bélgica se dan semanalmente en los colegios oficiales muchas lecciones de latín. En Inglaterra no hay plan oficial de enseñanza; pero las humanidades forman la base de las profesiones científicas y literarias. Esta nación y Alemania son las más clásicas de Europa. Los ingleses cultos poseen el latín y el griego, y anualmente promueven las Universidades concursos sobre autores clásicos, adjudicando premios á los vencedores. Sus hombres más ilustrados, como Macaulay, Chatham, etc., fueron humanistas consumados, y no hace mucho tiempo Gladstone, jefe del partido liberal, se opuso á que se introdujesen en la enseñanza secundaria algunos ramos científicos con menoscabo de los estudios clásicos. Los Estados Unidos imitan á Inglaterra en su afición á la cultura clásica, pues en los principales centros de enseñanza se cursa el latín junto con los idiomas vivos. En el más antiguo de los colegios de Massachusetts se exige, para el ingreso, la lectura y traducción del griego y del latín, y en Nueva York los alumnos de un colegio redactan una revista en dichos idiomas. También se publica en la misma ciudad el *Præco Latinus*, en que aun los avisos comerciales están en latín.

Por desgracia, en el mayor parte de los colegios montados á la moderna, se da poca cabida á las ciencias especulativas

y aun á la instrucción religiosa, siendo ésta una de las diferencias entre la educación antigua y la moderna. Como la educación del joven está íntimamente ligada con el modo de ser de la familia, participa de las cualidades y defectos de ésta. Por eso, cuando la religión y la piedad ocuparon puesto de honor en el hogar doméstico, como aconteció en los siglos de fe, la niñez y la juventud fueron formadas en la virtud, con mucho más esmero que en los tiempos modernos. Nuestros antepasados gustaban, ante todo, de la *vida de familia*; es decir, de la comunicación íntima y cordial entre padres é hijos: para ellos el hogar era un santuario en que se enseñaba primero á servir á Dios, y después se cultivaban como flores preciadas el respeto, el cariño, la benevolencia, la sumisión, que forman el encanto de la familia cristiana. Es verdad que entonces no estaban á mucha altura las ciencias físicas y naturales, y que había deficiencia en los métodos de enseñanza; pero, en cambio, se cuidaba de vigorizar más que hoy el cuerpo del niño; se le acostumbraba á la sobriedad y á la vida tranquila; se le enseñaba menos — pero, por lo mismo, se grababa mejor en su memoria lo que aprendía —; la instrucción era más clásica que al presente, y sobre todo profundamente cristiana.

En nuestros tiempos, la educación, como todo lo demás, ha experimentado un cambio radical, en parte favorable y en gran parte desventajoso. Es indudable que las ciencias experimentales han progresado mucho en el siglo XIX, y que los pasmosos inventos de que éste se gloria han modificado notablemente las condiciones de la vida humana. La mayor difusión de las luces, la facilidad de las comunicaciones, el desarrollo de la industria, el aumento de la riqueza, han contribuido á que los hombres y los pueblos se acerquen y conozcan más, y por lo mismo á que se auxilien mutuamente en el orden intelectual y moral.

Conforme á las exigencias de nuestra época, la instrucción moderna es más variada que la antigua, más general y *enciclopédica*; pero, á su vez, es superficial y mucho menos sólida que la antigua. Hoy un joven de diez y seis años posee ya ligeras nociones de muchas ciencias, habla varios

idiomas, conoce la geografía y los sucesos más notables de la historia. Mas este barniz de ilustración, si halaga por un lado la vanidad, perjudica, por otro, al cultivo serio y profundo de cualquier ramo del saber, y hace que las mentes juveniles desfallezcan con la carga y salgan de la segunda enseñanza ignorantes, hastiados y pedantes, según lo atestiguan escritores eminentes.

«El sistema antiguo de enseñanza», dice Hernández¹, «se proponía un fin muy elevado. Estudiaba á fondo la naturaleza del niño, cuidaba de acomodarse á ella, ayudándole en el desarrollo gradual de sus facultades, para dejarlo en aptitud de emprender por sí solo cualquier género de estudios, por arduos que fuesen... Dividía en dos períodos las materias que hoy comprende la segunda enseñanza: el primero lo dedicaba por completo á la formación literaria del alumno, mediante el conocimiento profundo de las lenguas y literaturas latina, griega y nacional; el segundo período lo consagraba á la filosofía, como ramo principal, y á las ciencias naturales y exactas en calidad de estudios accesorios. Pero no olvidaba que la parte superior del hombre debe ser cultivada por la religión... y por eso la escuela antigua, en todos sus grados, estaba animada del espíritu religioso, y embecía á los jóvenes en las puras doctrinas y prácticas saludables de la santa fe católica.

«El sistema moderno se propone, en la enseñanza secundaria, instruir suficientemente á los jóvenes y prepararlos para los cursos de cualquiera facultad científica, ó para ocupar dignamente una posición social, que no exija diploma universitario. Por esto, desechando cuanto no es de utilidad inmediata para las necesidades de la vida material, dirige todos sus esfuerzos á comunicar, en corto tiempo y con poco trabajo, la mayor suma de conocimientos posibles... Quita toda la importancia que puede al estudio de las lenguas clásicas y no oculta su deseo de suprimirlas por completo. Concede á la filosofía un lugar muy secundario, contentándose con nociones someras, que la despojan de todo carácter

¹ Educación antigua y moderna.

científico y son deprimentes de su dignidad. En vez de estos estudios, base del sistema antiguo, ha substituído el moderno con una caterva de materias, subdivididas en varios cursos, de lo cual resulta que en un mismo año se aglomera una multitud de asignaturas diversas... Por completo prescinde de la religión, ó si la mantiene, es bajo una apariencia engañosa, pues no cuida de que el conjunto de la instrucción esté en consonancia con el dogma... Es una enseñanza fría, en que el alumno aprende la religión cristiana como aprende en la historia de la China ó de la India las doctrinas de Confucio ó de Budha.

«De estos dos sistemas, el moderno es profesado casi universalmente en los países en que el Estado, arrogándose el cargo de maestro, establece escuelas que él mismo dirige, cuyos profesores nombra y retribuye, escuelas á las que, con leyes más ó menos arbitrarias, sujeta á todos los demás establecimientos de enseñanza. El sistema antiguo se va refugiendo al abrigo de aquellas instituciones que por su naturaleza se sustraen á la influencia secularizadora de nuestro siglo, como son los seminarios y los cuerpos religiosos docentes.»

Mas como la enseñanza ha de tener en cuenta las tendencias de cada época, y la nuestra se distingue por su afición á las ciencias naturales, en las que ha hecho descubrimientos sorprendentes, es preciso conciliar en lo posible el sistema moderno con el antiguo, dando cierta amplitud á algunas materias. Todo hombre culto necesita hoy conocer geografía, historia, rudimentos de matemáticas, física é historia natural, á más de algunas lenguas vivas; por lo que estos ramos deben cursarse en la segunda enseñanza, sin prescindir de las humanidades, que han de ser la base de la instrucción.

Además, como hay variedad de aptitudes é ingenios, los que no puedan ó no deseen dedicarse sólo á estudios teóricos, deben optar por las ciencias prácticas que los preparen para la industria, el comercio y las carreras técnicas; «pero se ha de evitar la simultaneidad heterogénea de asignaturas en el mismo curso, que embrolla el entendimiento del niño y con-

duce al enciclopedismo pedantesco», según afirma el Padre Aicardo¹. «Si el profesor es bueno y el plan no le estorba, en cuatro años se pueden cursar las humanidades con las accesorias de erudición geográfica, histórica y de lenguas. Agréguese dos ó tres años para la instrucción filosófica con erudición científica, y será un bachillerato de formación excelente. Los alumnos podrán á los dieciséis ó diecisiete años saber sentir, discurrir, pensar; tendrán principios de buen gusto y aptitud para cursar una carrera, y ser hombres de utilidad á su patria y de honra para la toga, la tribuna, la cátedra y las dignidades eclesiásticas, civiles y militares.»

En resumen, debe aceptarse el sistema moderno en todo aquello que, por razón del método de enseñanza ú otro justo motivo, pueda ser útil á la formación de la juventud y satisfacer las justas exigencias de la época. Hay que procurar que el estudio de los clásicos vuelva, previa disquisición ilustrada y moral, á ocupar su puesto de honor; ya que, según dice el cardenal Newman, «los asuntos que ellos ofrecen á la inteligencia, y los conocimientos á que sirven de base, han sido siempre el medio empleado para difundir la cultura de la juventud»; hay que combatir el recargo de materias en la enseñanza secundaria, y trabajar sobre todo para que la educación del joven esté informada por el espíritu cristiano, á fin de que se cumpla el consejo evangélico: *Aprende desde la niñez las Sagradas Letras, que te pueden instruir para la salvación*².

¹ L. c. ² 2 Tim. III, 15.